

## PRÓLOGO

“Santa Marta está situada en un paraíso terrestre. Sentada al borde de una playa que se extiende en forma de concha marina, agrupa sus casas blancas bajo el follaje de las palmeras y brilla al sol como un diamante incrustado en una esmeralda...

¡Cuán dulce es contemplar ese admirable cuadro! Se mira, se mira sin cesar, y no se sienten pasar las horas...

Sobre todo, en la tarde, cuando el borde inferior del sol principia a sumergirse en el mar y que el agua tranquila viene a suspirar al pie de la ribera, la verde explanada, los oscuros valles de la Sierra, las rosadas nubes y las lejanas cimas como salpicadas de polvo de fuego, presentan un espectáculo tan bello, que el viajero absorto parece que no tiene vida sino para ver y admirar. Los que han tenido la dicha de contemplar este grandioso paisaje jamás lo olvidan. Uno de mis amigos granadinos, a quien antes de ir a Santa Marta le había pedido algunos datos de esta ciudad, solamente pudo responderme con una sonrisa de pesar y con esta palabra: ¡Ay!”

ÉLISÉE RECLUS. *Viaje a la Sierra Nevada* (1861)

←

Edward  
Walhouse  
Mark, *En el  
Magdalena*, 1845.  
Colección de  
Arte del Banco  
de la República,  
Colombia.

**E**n estos términos se refiere Élisée Reclus a Santa Marta al llegar en 1855, luego de una travesía en la que describe de manera minuciosa su paso por Colón en Panamá, el arribo a Cartagena y el viaje hasta Barranquilla antes de seguir hacia “el Pueblo Viejo”, la Ciénaga y llegar finalmente a nuestra querida Santa Marta, ciudad

de donde, al término de unas semanas instructivas, zarpara con destino a Riohacha y la Sierra Nevada.

Resulta sobrecogedor, por decir lo menos, la forma precisa, pero a la vez poética, en que describe la ciudad: “cuando el borde inferior del sol principia a sumergirse en el mar y que el agua tranquila viene a suspirar al pie de la ribera, la verde explanada, los oscuros valles de la Sierra, las rosadas nubes y las lejanas cimas como salpicadas de polvo de fuego, presentan un espectáculo tan bello, que el viajero absorto parece que no tiene vida sino para ver y admirar”. Es una imagen de indudable belleza que samarrios y visitantes todavía pueden disfrutar y confirmar en su exactitud.

En ese entonces, el joven Reclus contaba con apenas 25 años y huye de Francia, luego de haber tomado parte de los levantamientos republicanos contra el recién proclamado emperador Napoleón III. Su periplo lo lleva primero a Londres, luego a Irlanda y de allí a los Estados Unidos, donde se embarca hacia Nueva Granada con el propósito de establecer una colonia agrícola en la Sierra Nevada de Santa Marta, travesía y experiencia que documenta, en sus aspectos físicos, culturales y humanos, en el libro *Voyage a la*

*Sierra-Nevada de Sainte-Marthe: Paysages de la Nature Tropicale* (1861).

Esta reedición, a cargo del Fondo Editorial de la Universidad del Magdalena, corresponde a una versión actualizada de la primera traducción al español realizada por Gregorio Obregón en 1869, la que se ha complementado con un cuidadoso trabajo de curaduría para incluir acuarelas y otros dibujos del siglo XIX, así como fotografías seleccionadas de colecciones en museos de varios países del mundo, que sin duda resaltan el maravilloso relato que hace Élisée Reclus de gran parte de la costa Caribe y, en particular de Santa Marta, y la imponente Horqueta, como la llamaban en esa época, más conocida como la Sierra Nevada.

Más allá de los debates académicos sobre si es o no un texto de geografía, o es más una memoria de viaje, es un documento de gran valor histórico para la ciudad y hace parte del propósito que tenemos como universidad de rescatar nuestra historia, estudiarla y preservarla. Esta publicación es parte de un proyecto académico que comprende el inicio de la primera cohorte del nuevo programa de pregrado en Historia y Patrimonio, que se articula además con el doctorado en Educación, Interculturalidad y Territorio,

recientemente aprobado, y los doctorados en Humanidades y Patrimonio que se encuentran en fase de construcción.

Este texto es una invitación a redescubrir la belleza y la riqueza de nuestro territorio, a través de las palabras de un francés precursor de la geografía social, anarquista y luchador por la libertad, que, en su paso de juventud por esta parte de la entonces Nueva Granada, la idealizó y describió con el fervor y admiración de quien descubre un paraíso y lo valora más que quien toda la vida habitó en él.

Finalmente quiero agradecer el trabajo y compromiso de nuestra Editorial en cabeza del vicerrector de investigación, Ernesto Galvis, pero, sobre todo, la entrega y el rigor editorial para hacer esta

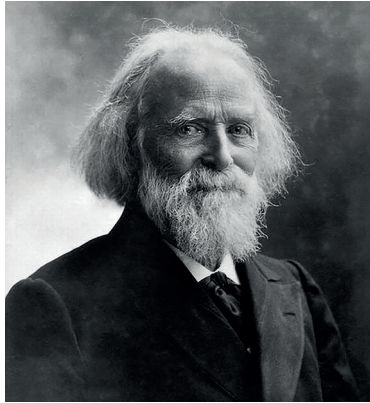
reedición por parte de nuestro director de publicaciones, Jorge Elías Caro, quien con todo el entusiasmo y la disciplina que le caracteriza dedicó cientos de horas de juiciosa revisión, actualización con notas históricas y búsqueda y selección de acuarelas y fotografías que acompañaran este hermoso libro, tributo a todos aquellos viajeros, historiadores, naturalistas, acuarelistas que recorrieron nuestros territorios y nos han dejado una máquina para viajar en el tiempo y volver a vivir nuestro país en sus inicios. Porque los libros de historia son eso, máquinas del tiempo que nos permiten vivir y revivir épocas pasadas para ser capaces de entender el presente y construir un mejor futuro.

**Este libro es una edición especial como homenaje a los profesores de la Universidad del Magdalena en su día y por su compromiso con la institución.**

Pablo Vera Salazar, Ph.D  
Rector Universidad del Magdalena



## PREFACIO



*Élisée Reclus. Fotografía tomada por Paul Tournachon Nadar, 1900.*

**E**n 1855, un proyecto de explotación agrícola y el amor a los viajes, me llevaron a Nueva Granada. Después de una permanencia de dos años, volví sin haber realizado mis planes de colonización y de exploración geográfica; sin embargo, y a pesar del mal resultado, nunca me felicitaré lo bastante por haber recorrido ese admirable país, uno de los menos conocidos de la América del Sur, ese continente así mismo poco conocido.

Hoy el hombre pasea su nivel por los llanos y las montañas de la vieja Europa; se cree de talla suficiente para luchar con ventaja contra la naturaleza y quiere transformarla a su imagen regularizando las fuerzas impetuosas de la tierra; pero no comprende esa naturaleza que trata de domar; la vulgariza, la afea, y se pueden viajar cen-

←  
Frederic  
Edwin Church,  
*Temporada de  
lluvias en los  
trópicos, 1866.*  
MeisterDruck.



→

Edward  
Walhouse Mark,  
*Tipo Indígena de  
las vecindades  
de Santa  
Marta*, 1843.  
Colección de  
Arte del Banco  
de la República,  
Colombia.

←

Edward  
Walhouse Mark,  
*Tipo negro del  
Magdalena*, 1845.  
Colección de  
Arte del Banco  
de la República,  
Colombia.



tenares de leguas sin ver otra cosa que porciones de terrenos cortados a ángulos rectos y árboles martirizados por el fierro. Así, ¡que gozo para el europeo cuando puede admirar una tierra joven aún y poderosamente fecundada por las ardientes caricias del sol! Yo he visto en acción al antiguo caos en los pantanos en que pulula sordamente toda una vida inferior. A través de inmensas selvas que cubren con su sombra territorios más extensos que nuestros reinos de Europa, he penetrado hasta esas montañas que se elevan como enormes ciudadelas más allá del eterno estío, y cuyas almenas de hielo se sumergen en una atmosfera polar. Y sin embargo esa naturaleza tan magnífica, en donde se ve como un resumen de los esplendores de todas las zonas, me ha impresionado menos que la vista del pueblo que se forma en esas soledades.

Ese pueblo está compuesto de grupos aun aislados, que se comunican con gran trabajo a través de pantanos, selvas y cadenas de montañas, su estado social es aún muy imperfecto; sus elementos esparcidos están en la primera efervescencia de la juventud; pero está dotado de todas las fuerzas vitales que producen el éxito, porque él ha reunido como en un haz las cualidades distintivas de las tres razas; descendiendo a la vez de los blancos de Europa, negros de África, indios de América, es más que los otros pueblos, el representante de la humanidad, que se ha reconciliado en él. Con gozo, pues, me vuelvo hacia ese pueblo naci-

te: espero en él, en sus progresos, en su prosperidad futura, en su influencia feliz en la historia del género humano.

La República granadina y las repúblicas hermanas son aún débiles y pobres; pero ellas formarán indudablemente entre los imperios más poderosos del mundo, y los que hablan con desprecio de la América Latina, y no ven en ella sino la presa de los invasores anglo-sajones, no encontrarán algún día la suficiente elocuencia para cantar su gloria. Los aduladores se volverán en tropel hacia el sol naciente; séame permitido anticipármeles celebrando los primeros resplandores del alba.

¡Cuál no sería la prosperidad de Europa si la cuestión de las nacionalidades fuera resuelta, si todos los pueblos formados para ser libres, fueran en efecto libres e independientes los unos de los otros! ¡Y bien! esta cuestión terrible, llena de sangre y de lágrimas, que nos mantiene jadeando a todos en la agonía, esta cuestión que hace afilar tantas bayonetas, y pone en pie millones de hombres armados, no existe en la América meridional. Salvas algunas tribus de indios que serán absorbidas como lo han sido ya millones de aborígenes, todas las sociedades hispano-americanas pertene-

cen a la misma nacionalidad. Estas repúblicas del Sur, constantemente citadas como un ejemplo de discordias, son al contrario los Estados que más se aproximan a la calma y a la paz; porque no están divididos sino por hechos de interés local, y los caminos harán más por su reconciliación que las mortíferas guerras. Los hispano-americanos son hermanos por la sangre, por las costumbres, por la religión y por la política. Todos, sin excepción, son republicanos, todos tienen del blanco por la inteligencia, del indio por el indomable espíritu de resistencia, del africano por la pasión y por ese carácter tierno, que, más que todo, ha contribuido a unir las tres razas durante largos siglos de elaboración. En América del Sur no hay Alpes ni Pirineos; hermanos habitan las pendientes de los Andes.

El continente de la América del Sur presenta una sencillez de contornos y de relieves que concuerda perfectamente con su destino; es uno como la raza que lo puebla en parte. Triángulo inmenso más grande que nuestro continente de Europa, no tiene penínsulas abruptas, ni bahías profundas; sus costas se prolongan uniformemente desde la zona tórrida hasta los helados y brumosos mares boreales. Atravesado en toda su

longitud por una cadena de montañas casi recta, y semejante a la espina dorsal, está regado por los ríos más bellos de la tierra, corriendo todos en la misma depresión y ramificándose con la perfecta regularidad de las arterias de un cuerpo orgánico. Evidentemente este continente ha sido formado para servir de cuna a una sola y misma nación. Esta nación que comienza, cuenta ya más de veinte millones de hombres que pertenecen todos a la misma raza, en la cual se han fundido, como en un crisol, todos los pueblos de la tierra. ¿Cuándo el antiguo mundo, recargado de población, envíe sus hijos por millones a las soledades de la América del Sur, el flujo de la emigración turbará esta unión de las razas que se ha verificado ya en las repúblicas hispano-americanas, o bien la población actual de la América meridional estará suficientemente compacta para reunir en un mismo cuerpo de nación todos los varios elementos que le irán de fuera? Esta última alternativa, que nos parece la única probable, traerá consigo la reconciliación final de todos los pueblos de origen diverso, y el advenimiento de la humanidad a una era de paz y felicidad. Para un estado social nuevo, es necesario un continente virgen.

¿Y qué papel está reservado a la Nueva Granada en la historia futura del continente? Si las naciones se asemejan siempre a la naturaleza que las alimenta, ¿qué no debemos esperar de ese país en que los océanos se aproximan, en que se encuentran todos los climas unos sobrepuestos a otros, en que crecen todos los productos, en que cinco cadenas de montañas ramificadas como un abanico forman tan maravillosa variedad de sitios? Por su istmo de Panamá, servirá de descanso y lugar de cita a los pueblos de la Europa occidental y a los del extremo oriental: así, como lo profetizó Colón, allí vendrán a unirse las dos extremidades del anillo que rodea al globo.

No lo ocultaré: amo a la Nueva Granada con el mismo fervor que a mi patria natal, y me consideraré feliz si hago conocer de algunos a ese país admirable y lleno de porvenir. Si yo lograra hacer dirigir hacia este país una pequeña parte de la corriente de emigración que arrastra a los europeos, mi dicha sería completa. Es tiempo ya de que el equilibrio se establezca en las poblaciones del globo y que el "Dorado" deje en fin de ser una soledad.

Enero 14 de 1861  
Élisée Reclus



# I

## ASPINWALL (COLÓN) — EL FERROCARRIL DE PANAMÁ

Con la frente acariciada por la ligera brisa que rozaba la superficie del mar, esperaba en el castillo de proa del vapor *Philadelphia*, que los primeros destellos del alba aclarasen las montañas de Portobelo. Hacía algunas horas que mis ojos estaban fijos a través de la oscuridad, en el negro horizonte estrellado aquí y allá; por fin las estrellas se extinguieron una después de otra, el vago brillo de la Vía Láctea desapareció, y el reflejo de la aurora se desplegó del lado del Occidente como una vasta y blanca tienda de campaña. La masa de montañas estaba sumergida aún en la sombra, pero gradualmente la luz descendió a lo largo de sus faldas y coloreó de un tinte azul las cimas lejanas, mostrando en las escarpas más próximas los bosques extendidos como un espléndido manto de verdura, y mezclando algunas ráfagas rosadas a la capa de nieblas que reposaba entre la ribera del mar y el pie de las colinas. Bien pronto este velo de vapor se rasgó, dispersó sus girones al acaso alrededor de los arrecifes y por la superficie de las ondas; y nos mostró la extensa abra de Aspinwall o Navy-Bay, muellemente tendida entre los dos verdes promontorios de Chágres y Limón. Al mismo tiempo, los rayos del sol que nada se deslizaron oblicuamente sobre las olas, e hiriendo apenas sus crestas, cambiaron en una larga lista de oro la blanca espuma que orlaba los muelles de Aspinwall.

←

“Ferrocarril de Panamá”, 1855.  
En Farnham  
Bishop. *Panamá  
Past y Present*.  
1916.



←  
Edward  
Walhouse Mark,  
*Chágres*, 1847.  
Colección de  
Arte del Banco  
de la República,  
Colombia.

Vista desde el mar, la población presenta el aspecto de las ciudades de la América del Norte, construida de prisa en el espacio de pocos años. Las casas, de altura desigual, están esparcidas en la playa baja y cenagosa de la isla de Manzanillo, y solamente hacia el lado del oeste se aproximan bastante unas a otras para formar calles. En los terrenos que no están ocupados aún por edificios, existen grandes árboles arraigados, semejantes a enormes horcas. Más allá del estrecho brazo de mar que separa la ciudad del continente se estrechan innumerables y coposos árboles. Un gran buque de vapor, cinco o seis goletas al ancla, se balancean sobre las ondas al lado de embarcaciones varadas que sacan del agua sus mástiles carcomidos e incrustados de conchitas; cerca del muelle principal un buque viejo, de casco enmohecido, espera un ras de la marea para zozobrar y contribuir a la obstrucción del puerto; los muelles y las plataformas están cubiertos de carbón,

leños y barriles esparcidos. Los carros, impulsados por brazos de hombres o arrastrados por mulas, van y vienen incesantemente de las embarcaciones a la estación del camino de fierro de Panamá, coqueta y graciosa casa, cuya fachada de blancura deslumbradora se destaca del verde fondo de la selva y recibe la sombra de cuatro palmeras de torcido tronco. Una pared, un rayo de sol, no es necesario más, bajo el cielo resplandeciente de los trópicos, para formar un cuadro maravilloso.

Apenas desembarcamos los trescientos pasajeros del *Philadelphia*, fuimos asaltados por una multitud de hombres de todas las razas y de todos los países, negros de Jamaica, Santo Domingo y Curazao, chinos, americanos, irlandeses que hablaban o marmoteaban cada uno en su lengua o en su patuá, desde el francés o inglés más puro hasta el papiamento<sup>1</sup> más

---

1. *El papiamento* es una mezcla de palabras españolas, holandesas, francesas, inglesas y caribes que sirve de lengua franca en las An-

